

Alessandro BARBERO: *Benditas guerras. Cruzadas y Yihad*,
 México, Fondo de Cultura Económica, 2022, 99 pp.,
 ISBN: 978-607-16-7555-2.

Benjamín Marín Meneses
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

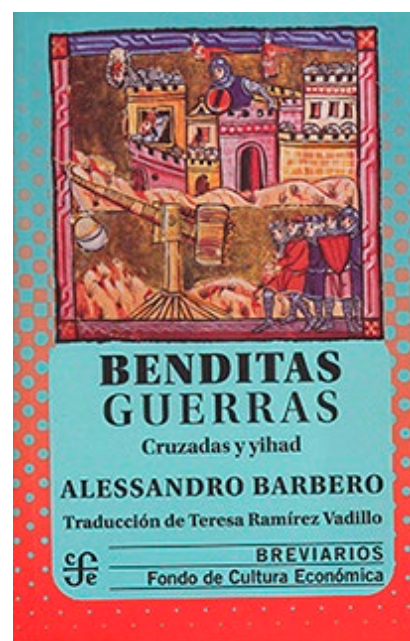
Una nueva vista a las conflagraciones santas.

Muchos han sido ya los estudiosos que, a lo largo de los años y desde todo el mundo, escribieron y reflexionaron en torno a uno de los fenómenos bélicos más importantes en la historia occidental: Las Cruzadas. También, la historiografía de Oriente se ha esforzado por relatar la perspectiva islámica de las guerras impulsadas por la cristiandad. La puesta en práctica de ambas perspectivas parecería agotar los análisis críticos del tema.

Sin embargo, la obra de Alessandro Barbero que nos atañe (en su primera edición en español, originaria de 2009 en italiano) procede metodológicamente de una manera que resulta fresca a la par de innovadora: a la usanza de E. P. Thompson, el autor nos presenta *Benditas guerras* mediante la exposición de la tesis y antítesis, para buscar encontrar una síntesis dialéctica que arroje nuevas pistas sobre la manera de ver y pensar a las batallas religiosas iniciadas a finales del siglo XI. En otras palabras, el historiador turinés nos adentra en una investigación que pugna, en todo momento, por amalgamar las visiones de los bandos enfrentados, sin entronizar alguno en específico, con la intención de hallar los puntos en común de estas sangrientas empresas que convulsionaron al Mediterráneo, con el choque de las espadas cristianas y las cimitarras islámicas.

En un primer momento, Barbero rememora y explica el significado de Las Cruzadas, más allá de su carácter puramente militar: la cruzada, a su entender, es más una peregrinación o momento catártico que busca recrear la experiencia de Cristo entre las filas de soldados europeos. Es decir, en cierto modo fueron un intento por revivir la Pasión, ya que, por las dificultades que implicaba marchar a Jerusalén, hacerse cruzado se constituía como una penitencia.

Empero, el autor nos advierte un error cometido por muchos estudiosos previos: recuperar Jerusalén, contrario a la creencia arraigada, no siempre estuvo en la mente de



los cristianos. Por el contrario, a lo largo de cinco siglos hubo buena relación entre las religiones monoteístas en pugna. Fue hasta el año mil cuando el panorama se modificó, debido a la irrupción de los turcos, que conquistaron las tierras ocupadas por los sasánidas, extendiendo su régimen por todo el mundo árabe, parte del Imperio Bizantino, hasta ocupar Jerusalén, Damasco y Asia Menor.

A partir de entonces y en una mezcla de necesidades cristianas, como la Reconquista española y los llamados de auxilio bizantinos, es que nació la campaña ideológica contra el islam, obligando a la Iglesia a posicionarse políticamente, conllevando que Urbano II influyera en los principados europeos para iniciar la cruzada. Para este punto, Barbero nos da la primera aproximación dialéctica de su manuscrito, comentando que, desde la perspectiva islámica, los cristianos eran una horda de bárbaros infieles que llegaron a destruir sus ciudades sacras, iniciando su propio proceso de reconquista.

Con su prosa, Bermejo nos insiste en que la motivación religiosa es la mejor explicación que podemos encontrar para entender a las guerras santas. Aquí se presenta el punto más endeble de la obra ya que, en su intento por profundizar sobremanera en la dimensión moral del conflicto, el autor se olvida, sustancialmente, de reflexionar en torno a las demás atenuantes, como las cuestiones económicas. Empero, capta al lector con un postulado de sumo interés: las cruzadas, con toda su inspiración religiosa de fondo, fueron el primer experimento colonial de los europeos. A raíz de la guerra es que se fundó el reino de Jerusalén, un Estado instaurado por los conquistadores, fuera de Europa, al cual fluían miles de creyentes y fanáticos, tanto para postrarse en los lugares pisados por Cristo, como para continuar la avanzada militar en territorios paganos.

Bermejo recurre, en su narrativa, a la figura de personajes relevantes del momento, para construir la mentalidad y el imaginario de los cruzados, reflejado en el pensamiento que tenían de sus caudillos. Pone el ejemplo de Luis IX, el rey santo de Francia, quien vive por y para la cruzada, como penitencia y empresa al mismo tiempo. Su fervor hizo llorar a los clérigos, ya que pedía ayuda mediante plegarias; en su persona agrupaba los comportamientos unificados de fraile y guerrero. Otro caso glosado es el de Ricardo Corazón de León, un monarca que combatía directamente al frente de sus caballeros; él asesinaba con sus propias manos, lo que a ojos de los cristianos lo volvió un campeón, ya que se exaltaba un discurso en el cual Dios se complacía con la sangre de los infieles. Un último modelo de heroicidad ejemplificado es el del Marqués de Monferrato y sus hijos, pequeños nobles que partieron a Tierra Santa en la doble búsqueda de salvar su alma a la par de hacerse ricos; uno de sus vástagos, de nombre Guillermo, fue el primer esposo de Sibila, la hermana del rey Balduino “el leproso”; otro, llamado Conrado, figuró como el más férreo defensor de Tiro.

Estos paladines temerarios, defensores de la cristiandad, ayudaron a concebir un ideal estético: el del caballero alto y rubio, de buen porte, de exaltada valentía e

inconmensurable fe, ya que estaban en la mayor disposición de dar sus vidas por la causa divina. Pese a su magistral exposición, Bermejo admite saber poco sobre los pobres y sus motivaciones, por ello quiso encontrar en los líderes cruzados los sentimientos populares, a saber, el de conseguir ganancia en riqueza, tierra, privilegios y santidad al momento de empuñar la lanza bendecida por Cristo. Tal vez, para matizar su pluma y solventar los escollos que el autor reconoce, es menester recuperar las investigaciones de Norman Cohn, sobre el milenarismo y los movimientos revolucionarios místicos, porque en libros como *En pos del milenio* hay sobradas referencias a las cruzadas de los desvalidos y a las prédicas de curas errantes como Pedro el Ermitaño, que crearon bandas de campesinos para defender la religión. Cohn nos refiere la existencia de un “rey Tafur”, cabecilla de un ejército harapiento y con poco entrenamiento militar, que sembró el terror entre los musulmanes en torno a la primera cruzada.

Benditas guerras continúa con el segundo esfuerzo dialéctico, ahora más pronunciado, que es el analizar y contrastar a la guerra santa de los cristianos con la yihad islámica. La guerra santa, nos explica el autor, nace, mientras que la yihad sólo evoluciona. Para los cristianos primitivos la violencia estaba prohibida; desde sus orígenes se posicionaron contra el servicio militar, un acto subversivo al Imperio Romano. Cuando los césares se convierten, los cristianos comenzaron a asimilar el uso de las armas, pero seguían siendo temerosos de romper el quinto mandamiento, aquel que indica que asesinar es pecado. Fue San Agustín quien solucionó el problema, argumentando que la guerra era necesaria, en algunos casos, para mantener la paz; a partir de entonces la Iglesia permitió la conflagración, pero exigía penitencia por la misma. Esta idea se modifica con la cruzada, porque el asesinato deja de ser un pecado y se transforma en un acto sacrosanto: los caballeros que se enlistan y mueren en batalla se ganan el estatus de mártires y adquieren para sí el paraíso. En consecuencia, se fundan las órdenes religiosas de corte bélico, como los Templarios, monjes guerreros que hacen justicia en nombre de Jesucristo.

La yihad, por su parte, es enunciada en el Corán, bajo la frase *Yihad fi Sabillah* (Combatir en el camino de Dios), pero la idea de luchar por las divinidades ya era tenida en cuenta, previamente, por los habitantes de La Meca y Medina. Con la irrupción del islam, se acrecienta el sentimiento de pelear y morir por la fe, cosa que el Corán legitima. Los musulmanes se aterraban por las vejaciones hechas en sus lugares santos y temían que los mismos cayeran en manos de los infieles; Mahoma proclamaba que combatir a los enemigos de Dios es una acción justa. Pese a lo anterior, el islam era más permisivo que el cristianismo, dejaban que los judíos y cristianos vivieran a su lado, en sus territorios, con el debido pago de impuestos. Por ello existió el largo periodo de paz, entre los siglos VII y XI, antes descrito.

Sin embargo, cuando los cruzados invadieron, sistemáticamente, los emplazamientos de los turcos selyúcidas, se institucionalizaron los muyahidines, contraparte de

los caballeros europeos, quienes luchaban la yihad y llevaban a cabo un sacrificio espiritual en grado militar. Bermejo llega a la conclusión, tras hacer una hermenéutica de las fuentes y una interpretación de los sucesos, de que cruzados y muyahidines pensaban de forma muy similar, ya que en el fondo adoraban al mismo Dios, aunque con diferente nombre y reglas dispares, y tenían actitudes metales semejantes, basadas en una suerte de manual de ética que dictaba “ellos o nosotros”. Así pues, hicieron la guerra en contra de quienes consideraron herejes, aunque con atenuantes diferentes: los cristianos invadieron para defender la tierra santa; los musulmanes atacaron para reconquistar los espacios perdidos en la acometida cruzada.

Para finalizar su texto, en un tercer intento dialéctico, Barbero desarrolla un capítulo titulado “El occidente visto por los otros”, donde abre la oportunidad para analizar cómo eran vistos los europeos por los bizantinos, árabes y turcos. Para ello pone la lupa sobre los relatos y crónicas de dos personajes en específico: la bizantina Ana Comnena y el musulmán Usama de Cesárea. La primera narra cómo es que llegaron los cruzados a Constantinopla. Para ella, los europeos eran bárbaros, opuestos a las costumbres de Bizancio, debido a su irracionalidad y desmedida pasión, efectos de la idea de liberar el Santo Sepulcro. El segundo, pese a admitir la valentía guerrera del cruzado, señala que los cristianos son ignorantes en la medicina, de carácter brusco y bruto. Usama se escandaliza porque, a su entender, los europeos no celaban a las mujeres y las dejaban ser libres, algo poco honorable dado que no guardaban a sus esposas, añadiendo el horror que es ver al niño Dios, porque en el islam se tiene la firme creencia de que Dios no se puede representar.

En suma, y a manera de cierre, Barbero comenta que cristianos y musulmanes no sabían interpretar los modos del otro, y el molde con el que representaban a su enemigo correspondía a la forma en la que ellos los imaginaban, no como realmente eran. La síntesis buscada, a través de la presentación de tesis y antítesis pareciera dar como resultado el entendimiento de que, dialécticamente, a los dos polos monoteístas les unía un sentimiento bélico-religioso, y que su visión del mundo, pese a algunas divergencias, era más parecida de lo que aparentaban, por lo cual la guerra no se dio entre extremos, sino entre pares. Esto se ve reflejado en el sentido caballeresco que, con distinta connotación, les unía; hecho ejemplificado en la figura de Saladino, el enemigo más admirado por los cruzados, que a su vez fue el líder que más derrotas les causó. Al lector le queda cuestionar si la hipótesis de la paridad es correcta e indagar, si se considera necesario, en la temática para encontrar respuesta a los cabos sueltos dejados por Barbero, como podría ser la poca atención dada a los muyahidines, pese a que resultan ser vitales en la intentona principal de contrastar a cristianos y musulmanes. En esa línea, queda la deuda de un mayor análisis de los héroes islámicos, puesto que pareciera que el autor admira, en demasía, al reino de Jerusalén y a los caudillos cruzados, mientras que del otro lado de la moneda nos ofrece poco de la vida de los yihadistas; Saladino no es más

que una pequeña anécdota que, de ser tratado con mayor detenimiento, podría abonar en la dialéctica si se le compara con Luis IX o Ricardo Corazón de León, personajes a los que sí les fueron concedidas varias corridas de tinta.